**El demonio en la *Introducción a la vida espiritual* de Louis Bouyer.**

Bouyer, Louis, *Introducción a la vida espiritual. Manual de teología ascética y mística,* Barcelona, Herder, 1964, p. 112  
Resumen por Alfonso Aizpún Viñes

Estamos ante un manual práctico, asentado o con un fuerte matiz histórico-litúrgico, con una visión de los desarrollos de los elementos de la vida espiritual en la historia de la espiritualidad. El autor consigue hacer una profundización de la vida espiritual del cristiano según la tradición de la Iglesia poniendo su mirada en la Escritura, la liturgia, la lectio divina, lo sacramentos y la oración. La figura del demonio sin dedicar un capítulo exclusivo a su tratamiento, lo aborda en distintas partes de su obra.

**1. *Oración.***

Bouyer dedica un tema extenso a la oración. En este capítulo tercero hablando del rosario, hace un comentario a la oración del padrenuestro. Hace aquí una pequeña mención señalando que en esta oración expresa el deseo de Dios de que su paternidad pueda extenderse a todos los cristianos. Esta sería el fondo del mensaje evangélico. En las tres primeras peticiones del padrenuestro hay una central: "venga a nosotros tu Reino". La llegada del Reino es el primer objeto de la oración. Este reino que se pide tiene unos enemigos. Su llegada a nosotros puede verse truncada. Lo expresa el autor diciendo:

«La venida del reino divino a este mundo es, en efecto, el primer objeto de la oración, ya que esta venida acompaña la extensión efectiva hasta nosotros de la paternidad divina, a pesar de todas las fuerzas de oposición: el pecado, el poder de Satán, la muerte, etc.».

En este mismo discurso que Bouyer hace sobre el Padrenuestro, aborda la tentación y al tentador. Cristo, aquel que ha hecho la prueba de la cruz, es más fuerte, que aquel que está en el mundo y que no cesa de tentarnos en el mundo. Aclara por tanto Bouyer, que nuestra oración va dirigida a librarnos no del mal en abstracto, «sino muy concretamente del enemigo de Dios y del nuestro: del maligno, a despecho del cual el reino de Dios debe ser inaugurado para nuestra propia salvación».

**2. *Vida Sacramental.***

Posteriormente en el análisis de la vida sacramental del cristiano, en el capítulo cuarto, aborda la penitencia. Lejos de cualquier visión moralista sitúa este sacramento del ámbito de los sacramentos de la iniciación cristiana, poniendo su mirada en elementos de la práctica penitencial antigua. Para el autor la penitencia es:

«Una reintegración en los poderes y en los privilegios que confiere la iniciación bautismal y crismal, después de haber estado excluido uno de ella por un pecado grave, es decir, el pecado que implica negación práctica de la fe bautismal»60.

Así, dice el autor, lo expresaba el ritual antiguo de la penitencia pública y de la reconciliación de los penitentes. Los pecadores excluidos de la Eucaristía se incorporaban junto a los catecúmenos en las catequesis cuaresmales, catequesis que a tenor de su vida, parecían haber olvidado. En el Jueves Santo, eran reincorporados a la celebración eucarística por el mismo obispo.

Esta penitencia, para Bouyer, en relación con el bautismo cristiano, ilustra todo el sentido de los ritos preparatorios que son los exorcismos y la unción del oleo. Este autor habla del bautismo no como una mera consagración, o pertenencia a Cristo; es entrar en un misterio donde se da la lucha y una lucha sangrienta en la vida posterior del cristiano. Por eso Bouyer afirma:

«El Espíritu de Dios, en la economía presente del pecado reparado por la cruz, no toma posesión de nuestro espíritu sino por una lucha victoriosa con el espíritu del mal, el cual, hasta ese momento, ocupaba nuestro espíritu como país conquistado. Esta lucha se libro, en primer lugar, por nosotros en la cruz. La Iglesia comienza a extender sobre nosotros el efecto de la cruz por medio de los exorcismos. Pero la cruz no entra en nosotros, no toma posesión de nosotros por el espíritu, sino en el bautismo, entonces es a nosotros, asociados a Cristo, llenos de su Espíritu, a quienes corresponde proseguir la lucha».

Así pues, profundizando Bouyer en el tema expresa que el rito del exorcismo bautismal como la unción del oleo de los catecúmenos, que preparan a la profesión de fe y a la renuncia de Satanás, son ritos cuya significación se desarrolla en la ascesis futura del cristiano, que no es sino una forma de vida, de vida penitente, que el cristiano tiene que llevar para desasirse de las fuerzas satánicas. Es decir la ascesis en el esfuerzo por poner la vida en consonancia con la fe. Con la fe bautismal. Y esto no se puede hacer sin entender que existe este combate real con las fuerzas satánicas. Esas fuerzas satánicas ciertamente han sido vencidas y su poder o imperio destruido en el hombre por el bautismo. Sin embargo, no dejan de atacar al cristiano por medio del mundo y por medio de la carne. Las derrotas son, por tanto, posibles y las fuerzas satánicas corresponsables de estas caídas

Para Bouyer existe una vocación bautismal. El laico es el fiel, entendido como contrario a profano. Es «aquel a quien su fe entrega a las exigencias fundamentales, comunes a todo cristiano, en el bautismo». La vocación fundamental del laico es la vocación común a todo bautizado. Si en esta vocación contemplamos un aspecto positivo que es la adhesión a Cristo contemplamos también un aspecto negativo: la renuncia a Satanás. En esta, según dice el autor:

«No se puede ser de Cristo si se continua siendo de Satanás. Sin duda, Cristo es el único que nos liberará definitivamente y totalmente de Satanás, pero no nos liberará nunca de él si no consentimos primeramente en abandonar a Satanás y en pagar el precio que sea preciso para ello»66.

¿Qué entiende este autor por renunciar a Satanás? Renunciar a Satanás es la negación del pecado en su origen y principio, como rebelión orgullosa contra Dios, enemiga de la adhesión por la fe a Dios. Y utilizando un lenguaje tradicional, las obras y las "pompas", expresa que la renuncia a las obras de Satanás es la renuncia a nuestros pecados particulares (desobediencias particulares entroncadas con la esta primera desobediencia original y principal). La renuncia a las "pompas" es:

«Renunciar a todas estas cosas buenas en sí, pero que ha convertido en una trampa o, más bien, en un cebo para la trampa de la incredulidad desobediente con la que quería aprisionarnos o nos aprisionó. Tal renuncia supone romper con la carne en la medida que los instintos desorbitados de ésta nos fascinan y nos hacen insensibles a la llamada del Espíritu Divino. Supone romper con el mundo, en la medida en que su organización constituye una oposición sorda y flagrante con el reino de Dios. Es, en una palabra, renunciar a todo bien parcial, en la medida en que se hace o tiende a hacerse un "ídolo" que ocupa en nuestro corazón el lugar reservado a único "bueno". Al único "bien" por esencia que es Dios mismo. La renuncia bautismal, por tanto, es una aceptación de la cruz que marcará toda nuestra vida, cualquiera que sea el camino particular que emprenda más adelante».

La adhesión a Cristo no se realiza si no se da la renuncia efectiva a Satanás. O mejor dicho, por medio de la renuncia efectiva a Satanás, se da la adhesión a Cristo. Muriendo al hombre viejo se nace al hombre nuevo.

**3. *Vocación monástica y su lucha contra del demonio.***

La vocación monástica tiene dos motivaciones principales: a) el descubrimiento de que no pueden usar del mundo como si no lo hiciesen y b) una segunda que el autor explicita: «Es la llamada directa a contribuir a la salvación del mundo, a libertarlo del dominio del maligno, liberándose uno mismo».

Esta vocación monástica es la ayuda necesaria para que el Espíritu de lo alto, arroje al espíritu del mal, en los trabajos apostólicos que emprendemos.

El monje —de hecho a diferencia del cristiano— va a combatir contra el diablo de modo especial. El diablo, al cristiano corriente le combate de modo oculto. El demonio, al verdadero monje, se le enfrenta a rostro descubierto. El ascetismo del monje obliga al diablo a salir de su anonimato entablándose una lucha que el cristiano corriente desconoce habitualmente71.

El monje es combatido con las armas que el demonio sabe que son efectivas en la lucha contra el hombre y por las cuales ya fue vencido: el mundo, la carne y el hombre mismo. Bouyer entiende por el hombre mismo: «Ese falso yo. Ese yo postizo pero invasor que se ha creado por sus pecados y que está abocado a la muerte»72.

El demonio no es una fantasmagoría pueril. El Evangelio expresa claramente la cautividad del hombre a manos de este ser espiritual de la que sólo se puede librar por la ascesis de la fe. El pecado que se realiza a nivel de los sentidos tiene su origen en este ser espiritual llamado demonio, este espíritu puro creado. Este combate es una cuestión de fe en el sentido de que es la lucha de la fe en nosotros contra todo lo que la desmiente. Por medio de este combate de la fe se llega a la paz (hesykhia), a la paz del cuerpo y del espíritu.

El monje tiene la misión de adentrarse en el desierto para enfrentarse con el demonio en su último reducto. No tenía otro sentido para los antiguos anacoretas la huida—separación del mundo reproduciendo en sus vidas el combate de Jesús en el desierto (Mt 4,1; Mc 1, 12-13; Lc 4, 1-2).

El desierto es para el hombre la prueba de la soledad, donde el desierto le revela en medio de soledad los demonios que le hombre lleva dentro. Y en la soledad al hombre se le descubren las profundidades del alma descubriendo que lo más profundo de su ser están frecuentadas, Bouyer dice también posesas, entendidas en un sentido amplio, por la acción del mal, de potencias oscuras que esclavizan al hombre. Por eso al ser esta lucha en el monje tan grave el novicio no puede lanzarse precipitadamente a esta soledad. La soledad es el paso de la "posesión" del espíritu del mal a la posesión del espíritu Divino que ha luchado con el hombre contra el poder de las tinieblas. El combate ha ido haciendo que el Espíritu Santo progrese en el hombre haciéndose definitivamente victoria en nosotros. Por lo tanto resumiendo dice Bouyer en referencia a este desarrollo de la vocación del monje:

«No se adentra en el desierto porque sienta una especial predilección por él. Se adentra para vencer allí a sus demonios y para ser captado por el Espíritu. Y una vez que el Espíritu haya expulsado de él efectivamente a los demonios y ocupado su lugar en su corazón, el monje ya no tendrá.

**4. *El hombre caído.***

El discurso de Bouyer sobre el hombre al tener presente la acción del demonio en las distintas vocaciones es la de un hombre caído.

Dentro de la presentación que Bouyer hace de la ascesis aborda la caída del hombre y su estado de naturaleza caída 6. La caída de Gén 3 es completado a la luz de otros dos textos que para el autor resultan profundamente misteriosos: Gén 6,1 y 11,1-8; la caída de los ángeles y el relato de la torre de Babel.

Centrándonos sólo en los dos primeros textos de Génesis, para Bouyer, la sugestión diabólica ha tenido como resultado un doble efecto: la ruptura de la relación íntima hombre—mujer y la ruptura de la relación humanidad—Dios. En Gén 6, dice Bouyer, la caída y la solicitación demoníaca pasan a un primer plano, resultando no obstante una perversión de las relaciones sexuales de los hombres.

A la luz de Gén 3, el pecado original ha sido instigación del demonio, pecado que no podemos verlo ligado a unas relaciones sexuales. No obstante, sí llega este pecado a lo más profundo de las relaciones íntimas de estos. En este pecado, la serpiente, el demonio, es vista por Bouyer de la siguiente manera:

«La insistente mención del hecho de que estaban desnudos antes del pecado, sin sentir por ello ninguna vergüenza; que su desnudez les resultó vergonzosa después, mientras que la serpiente que se introdujo entre ellos es calificada como el "el más desnudo de los seres vivientes", lo cual, por una ambigüedad del término hebreo, puede significar también, y en este caso significa seguramente, "el más vicioso", todo esto no deja ninguna duda».

El hombre cae por haber dado preferencia a la palabra diabólica antes que a la divina. Esta sugestión ha conseguido que el hombre prefiriera las evidencias sensibles inmediatas a las realidades escondidas de la fe. Y como una tercera enseñanza de la Escritura tenemos que comprender que la sugestión diabólica ha sido en el hombre como una llamada a poner el placer sensual por encima de todo.

A tenor de Gén 6, esta caída del hombre es una repercusión de una caída anterior, la de unos espíritus puros, la de los ángeles. Bouyer la explica así:

«Esta caída de los ángeles por la idea que de ella podemos hacernos, proviene de la voluntad de captación y de apropiación, en provecho propio, de la creación terrestre, humana, con la cual sabemos por los profetas que Dios quería tener unas relaciones que fueran modelo ideal de las relaciones de un esposo con su esposa; y he aquí, por el contrario, un fornicación, e incluso prostitución, en la que el desenfreno sexual corre parejas con una falsa espiritualidad».

En el mundo angélico se ha dado una desobediencia que ha oscurecido el mundo sensible convirtiéndolo en una trampa para el hombre. El hombre ya no se siente llamado a la alabanza al contacto con este mundo. Esta relación del ángel caído y del hombre ha desarrollado un fruto malsano: una humanidad monstruosa y pervertida.

Podemos sacar una conclusión de las ideas expuestas por Bouyer: la humanidad ha sido víctima de la acción del demonio que ha venido a romper una relación dispuesta de emano por Dios. Esta ruptura ha dado como resultado una humanidad deteriorada.

**5. *El demonio en el desarrollo de la vida espiritual.***

Si analizamos el tema del desarrollo de la vida espiritual en Bouyer (purificación, iluminación, unión) y la acción del demonio en este proceso, debemos comenzar por la vía purgativa. Aquí, en esta primera fase, se da la lucha contra los pecados habituales y los vicios del hombre caído. Este combate sostenido por la fe intenta desprenderse de la presión que el espíritu de mal ejerce sobre el hombre pecador por mediación de la carne y del mundos'. Este espíritu del mal no se expulsa más que por la acción del Espíritu de Dios.

En esta etapa que es un período de lucha contra el pecado hay que tener en cuenta que este es siempre, en su principio, rebeldía orgullosa y que pecando el hombre se convierte en:

«Un juguete en manos del espíritu del mal, sirviéndose este a la vez de los deseos que el pecado original ha desordenado en nuestra propia carne y de las múltiples incitaciones que un mundo pervertido de modo semejante les aporta como refuerzo».

El hombre experimenta ante esta esclavitud la fuerza liberadora de la gracia divina fruto del Espíritu Santo capaz de expulsar al espíritu maligno en nosotros. Esta sustitución la analiza Bouyer de esta manera:

«La substitución en nosotros, en nuestro corazón, del espíritu del mal por el Espíritu de Dios se produce, en efecto, al principio sin ruido. Desde antes de la fe y del bautismo, los dos espíritus están en lucha: una lucha en la que nosotros somos no sólo el objeto, sino el terreno. Lo que el bautismo cambia es que, así como el espíritu del mal estaba hasta entonces instalado en nosotros como dueño y señor, pero un dueño cuya soberanía se veía disputada por el Espíritu de Dios, ahora la situación se ha invertido. Es el espíritu divino el que se establece en el fondo del alma, mientras que el espíritu del mal, expulsado, no cesa de recurrir a todas las complicidades que conserva en nuestra carne, así como en el mundo que nos rodea, para cambiar las cosas, una vez más en su provecho».

Bouyer señala así cual es el origen del combate espiritual. En este combate este espíritu debe ser dominado.

Bouyer acaba expresando una idea sobre diablo en el capítulo que dedica a la purificación:

«El diablo es padre del pecado, al ser padre de la mentira. No se puede uno librar de él más que estando decidido desde el principio a eludir toda mentira, y por encima de todo, esa mentira fundamental que es la mentira hacia uno mismo, con la que no evita verse tal como es para no tener que reformarse».

Este demonio incluso hay que tenerlo presente no sólo en el principio de la reforma sino el último camino de la vida cristiana la vida mística donde uno debería aficionarse a determinadas experiencia místicas, sino ser críticos incluso cuando uno se sabe que no es un juguete en manos del demonio.

Este Satán lo ve el autor presente no sólo en la derrota del hombre en el paraíso sino en la misma vida de Cristo al que acecha para «morder sus pasos»" desde su misma infancia, viendo Jiménez Duque en el bautismo de Cristo en el Jordán un preludio del triunfo sobre el demonio: «al surgir de los abismos del agua y ser solemnemente proclamado ante los todos como el Hijo que era».

En toda la vida pública de Cristo está presente el maligno hasta la pasión en la que el demonio juega su papel clave (Cf. Lc 4,13). Sin embargo, el aparente fracaso de la muerte de Cristo es la victoria, el triunfo que se consuma con la resurrección y ascensión gloriosa.

Esta victoria —señala el autor— no nos libra de unirnos a Él en la batalla contra el Maligno. La Iglesia participa de este combate comenzado por Cristo hace dos mil años y el Apocalipsis es la profecía de una lucha que la Iglesia librará a los a largo de los siglos. Si hay lucha podemos deducir que no ha habido triunfo definitivo. Este triunfo completo sobre Satán, el pecado y la muerte no será hasta la parusía. Por lo tanto, la historia del hombre desde el Génesis hasta el Apocalipsis discurre «intervenida por Satán, cargada de miserias y a lo largo de ella se va desarrollando el grandioso triunfo de Jesús... ». Este combate será de todos los cristianos en sus distintas vocaciones contra un Satán que no ha muerto todavía. La Iglesia vive este forcejeo doloroso en su misma liturgia (empezando por el bautismo) y como expresa Jiménez Duque: «Los exorcismos que aquella utiliza con frecuencia lo dicen alto»

El demonio actúa desde fuera con el mundo sobre el cristiano que tiene, además, la concupiscencia como enemigo de su santificación.